



Y DESPUÉS, ¿QUÉ?

Pascual Fernández Espín

Y DESPUÉS, ¿QUÉ?



Primera edición: septiembre 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pascual Fernández Espín

ISBN: 978-84-10400-44-3

ISBN digital: 978-84-10400-45-0

Depósito legal: M-20643-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A ella, que siempre está ahí.

Nuestro presente se convierte
en pasado tan pronto
como ha sucedido.
CLAUDIA HAMMOND

PRÓLOGO

Somos lo vivido... y algo más

No sé, si como decía el poeta, hemos de aprender a recordar cuando desaparece un amor, por el motivo que sea. Puede que no sea conveniente volver al pasado, ni para lo bueno, ni para lo malo. De hacerlo, con la inevitable nostalgia, debe ser para obtener o reproducir el paraje más positivo. El cariño es básico, por la ilusión que aporta. No obstante, el peaje que nos cobra es precisamente la pena, la desazón, por su ausencia, robo o carencia. Este es uno de los aprendizajes de esta novela que se mueve a caballo de varios territorios temporales y temáticos, mas siempre con el amor como poso, como telón de fondo.

Los protagonistas, con Mario al frente, son esos personajes de guiñol que conocemos cada día, o, cuando menos, nos relacionamos con ellos, sin que logremos saber en primera persona, o sí, si esa soledad en compañía se da, o si acontece ese conflicto doméstico que explota de pavor y estupefacción. Hay multitud de vidas ocultas en el devenir de una sociedad que esconde muchas hipocresías, entre ellas unas libertades sexuales que no son tales, pues, de serlo, no se darían unas ataduras casi asociadas al hábito cotidiano o al malestar, como si nada irremediabilmente se pudiera mudar.

Es cierto que hay varios tipos de amores, y que estos no se perciben igual en un trance que en otro, en una etapa o en otra. Las

dimensiones periódicas y espaciales afectan al linaje de los sentimientos profundos, aunque no lo advirtamos en todo instante así.

Los personajes que nos trae hasta estas páginas Pascual Fernández Espín están, como los antiguos héroes griegos, condenados a una categoría de «*fatum*» o destino por sus trayectorias anteriores, por lo sucedido o por lo que no ocurrió jamás.

La perfección que no llega

Cuando somos niños soñamos, como algunos de nuestros protagonistas, con ser perfectos. Luego la vida es muy normal, incluso excesivamente tópica, con vaivenes que tienen que ver con los hedores del mal y de sus nefastos colaboradores. La historia particular es eso que pasa mientras hacemos planes, y luego esta sale como sale, con hijos esperados o no, con voluntades más o menos manifiestas, con entregas, con renunciaciones, con acusaciones vacías, con injusticias, con cárceles en el sentido real y figurado... Dos de nuestros protagonistas están así, con la condición existencial amarrada a circunstancias que no controlan.

El amor es una llama especial que crece en lugares sombríos a veces, o en piedras que se diluyen y que no brindan ni la hermosura ni la fecundidad que nos complacerían. Sin duda, hay accidentes que marcan la vida. Además, la memoria también nos otorga una determinada óptica de cuanto llevamos a cabo.

Sabemos que los besos son pasajes para el cielo, como nos subraya uno de nuestros personajes, pero no siempre llegan cuando queremos, ni como anhelamos, ni de quienes estimamos realmente. Las distancias, la violencia intrafamiliar, las rupturas, las decisiones equivocadas, el no abandonar un camino por el qué dirán, y la inevitable levedad del ser, como nos indica la dolencia o enfermedad, nos castigan con aciagas conclusiones en forma de un hastío solitario que acaba siendo terrible.

Al final, Mario, Penélope, Tino, Elenita y Carlitos son víctimas del devenir en un trecho de pugnas, donde los padres son responsables de las vicisitudes de los hijos, en ese mundo de los «hipnóticos» que rompe y rasga y aleja toda posibilidad de dicha. Da miedo contemplar que el sinsabor provocado por la inoperancia de un brillante cariño nos pueda agujerear el presente

Pensamientos como estos que exponemos surgen y se mueven por el corazón y la mente del lector, que transita por lugares y años que suben y bajan para sobresaltar y, fundamentalmente, para no que perdamos la estela de que no hay más camino que el que se percibe al andar con motivaciones, sin ellas, con aciertos y errores, con energías en complejas dosis.

La incertidumbre y el fracaso

El fracaso por no estar con la persona adecuada queda patente tras la lectura de una obra llena de huecos, de incertidumbres, de cuestiones esenciales no registradas, aunque parezca que sí. La sensación de que andamos impelidos por el río de la vida nos ubica en una honda desazón que nos invita a saborear aromas contrariados.

La narración y los diálogos bien hilvanados nos presentan unas historias mezcladas con un dulzor especial, el que viene de lo rezañado, de lo nuevo, de lo inhóspito, de lo humano.

Obras como esta destacan por su naturalidad, por su sencillez, por su ritmo, por su riqueza de contenido y de continente. Asimismo, asombran por su calidad y calidez. Somos conscientes de que una arquitectura así es una especie de milagro, casi tanto como el que palpan nuestros seres imaginados en esa creación, que nos provoca beber a sorbos de una singladura que nos repone y empatiza con la naturaleza de las cosas. La precisión del vocabulario también nos lleva a una exquisita documentación, que ponderamos y agradecemos.

Ahora solo nos resta reclamar fortuna para los protagonistas de una realidad recurrente y sórdidamente plagiada. Y también para nosotros, para que el desierto de la soledad, del desamor y de la injusticia no se apodere de nuestros días, y mucho menos a través de ese olvido que se tercia implacable y demoledor y que afloja y aminora las opciones de ser lo que precisamos. A fin de cuentas, ¿no somos lo que recordamos haber vivido? Pese a todo, y confirmado por las siguientes páginas, me decanto por sentir que somos algo más. Por ende, la pregunta que nos hace el autor deberá ser correspondida con una coherente respuesta.

JUAN TOMÁS FRUTOS. PERIODISTA.

Ha sido Director de informativos en TVE.

Escritor, con numerosas obras en su haber.

Cronista oficial de las localidades murcianas de Gea y Truyols y de Lo Ferro.

Profesor Programación Audiovisual/ Diseño de Programas en Televisión y Comunicación Interna en la Universidad de Murcia.

Director Gral. y miembro del Consejo Asesor en Fundación Amigos de la Lectura

Delegado de AUC en la Región de Murcia

Reconocida su trayectoria literaria-poética con numerosos diplomas y galardones en diversos foros culturales, tanto a nivel nacional como internacional.

CAPÍTULO I

En esa alborada de principios del verano

De buena mañana el día comenzó a presagiar su hermosura en luz y temperatura; complementando las previsiones para la jornada, la refrescante brisa que, llegando de montes no muy lejanos, transportaba soplos de primavera al lugar donde el río ensanchaba su cauce. Un lugar de mágica orquestación y sutiles aromas a campo convertidos en encrucijada del viento, cuando a temprana hora soplaban del sur, arrastraban aromas de tomillo, de romero y lavanda, más tarde, a la hora en que el sol encumbraba el día, la brisa solía cambiar su cadencia, llenando el entorno de olores a tierra en barbecho y hierba seca, y ya, con el sol derrotado, el brioso viento transportaba olores de ciudad hasta que la noche, como una gran esponja marina, absorbía todos los aromas que no fuesen propios de la humedad ambiental.

Sentada sobre los juncos, con los pies en el agua y la mirada en el horizonte, a Penélope le gustaba viajar a un rincón de su memoria donde la realidad resultaba inalcanzable para almas escépticas. Un lugar cuyo único pasaporte exigido era el recuerdo; memorias de viejos episodios que marcaron su vida a la vera del río. Sensaciones que con el paso de los años no habían perdido su efecto emocional, y aunque algunas de las etapas recordadas tuvieran sabor a retama, otras llegaron a jalonar de felicidad la ruta de

su vida. En su ensoñación se veía como una diosa madura correteando entre una nebulosa flotante, envuelta en un jubón de lino blanco, sutil y casi transparente, acercándose a la ribera del río con los brazos abiertos como alas de paloma, dejándose acariciar por un viento que, al empujar la vestimenta hacia su propio cuerpo, al trasluz del horizonte deletreaba una silueta que, aun cabalgando hacia el sol de poniente, todavía se apreciaba parte de la frescura que abrazó en su día.

Al alcanzar al río, la imagen de su fantasía corría por su ribera hasta llegar a la altura del estanque formado por las aguas de la cascada. Respiró hondo, arqueó un poco el cuerpo, tomó impulso y, formalizando un estético olímpico salto hacia el espacio, terminó en un picado sobre las aguas. Aun nadando a más de medio metro de profundidad, la cristalina superficie dejaba entrever la belleza de una sirena con alma de nube. Continuó nadando hasta emerger bajo los helechos chorreantes que pendían de la pared. Sacó la cabeza del agua e hizo un descanso, respiró en profundidad y reanudó sus brazadas hacia la orilla de la milenaria laguna. Sorteando la pequeña agrupación de aneas llegó al lugar de costumbre, a unos veinte metros de la cascada donde las lluvia de burbujas, producida entre la efervescencia del agua en caída, se iba calmando conforme se alejaba de la catarata. Solo en la parte del cauce donde el agua rozaba entre las rocas se volvía rizosa, produciendo pequeños remolinos en la corriente.

La figura aparecida en el horizonte, que veía a contraluz del cielo como un espíritu alado, vagaba por el viento hasta mimetizarse en su propio cuerpo. Un cuerpo ajado y maltrecho por la enfermedad. Se sentó a su lado sobre el mullido asiento de juncos, provocando en la corriente del agua nuevas burbujas que al chocar contra sus piernas estallaban casi antes de producirse.

Al destellar el sol entre las hojas de los robles cerró los ojos, y el leve tic nervioso que le sobrevino, como últimamente le venía sucediendo, se le trasladó a las manos; de forma inconsciente, comenzó a dar vueltas al anillo de oro viejo, coronado por un irregu-

lar jaspe rojo, que al contacto con sus dedos abrió momentos de luces, pero también de sombras en sus recuerdos.

Como tantas veces le venía sucediendo los últimos tiempos, entre la imprecisa nube que envolvía sus evocaciones no tardaron en aparecer los personajes y horizontes que un día le ayudaron a construir las páginas de su historia. Y lo vio a él.

A Mario.

A su eterno amor.

A la persona que llegaría a ser su propia vida.

Al principio, desde la mediana distancia se le veía sucio, mal vestido y peor peinado, posteriormente, conforme las imágenes de su persona iban adquiriendo cercanía, el personaje cambiaba por completo: alto, fibroso de cuerpo y felino de movimientos, con las greñas de pelo desbordadas bajo un sombrero de lona envejecida, muy en línea con los usados por el naturalista Félix Rodríguez de la Fuente y que en toque descuidado le otorgaban un canon de distinción sobre la mayoría de hombres de la zona. A partir de este momento, como otras veces ya había experimentado, en el calidoscopio de sus evocaciones comenzó el febril tránsito de secuencias en las que Mario llegó a su vida. Con detenimiento, recreándose en cada etapa, fue centrando los recuerdos en la figura de él, en la jerarquía de su personalidad para cambiar el guion de las cosas, para transformar en dinamismo a la propia rutina. Luego se veía a sí misma erguida de figura, envuelta en jubón de lino blanco, correteando entre matojos y flores silvestres acercándose a la ribera del río con los brazos abiertos y melena al viento. Entre la cerrada blonda de los árboles, oculta a la vista de cualquier mirada furtiva, se fue desprendiendo del jubón de lino, piel exterior que cubría su cuerpo, metiéndose lentamente en el agua hasta cubrirla un palmo por encima de las rodillas mientras el sol, allá arriba, en un punto donde las miradas rebotaban en su luz intensa, esparcía el oro de sus rayos sobre el arrullo que, en conversación ancestral y milenaria, emitían las aguas del río.

Chapoteando en la corriente, contrastaba su cabellera negra con sus hombros rosados, redondos y lisos, verdadero armazón de unos pechos de virgen madura. En su vientre, plano y terso en su día, armonizaba la pequeña curva de felicidad con la proporcionalidad de sus caderas, armoniosas y agradecidas, donde nacían sus carnosos muslos y piernas perfectas.

Después de lavarse la cara, aprovechando la reverberación de las aguas del río, que pintaban de plata su rostro, se fue mesando la melena, estilizando todavía más su cuerpo al desplegar los brazos hacia arriba mientras, con los ojos cerrados, se extasiaba con el rumor del agua y el canto del ruiseñor que todos los días la recibía con su mejor trino. Lentamente, esquivando los guijarros del lecho del río, entre el rugido del salto del agua y la mañana entregada a la brisa de un viento calmo, se fue introduciendo en la brava cortina de la cascada que, al saltar al vacío, dispersaba el agua sobre su cuerpo.

En aquel juego ensoñador, donde se conjugaban viejas memorias con una realidad que parecían de ayer mismo, con los ojos cerrados continuó mirando la pantalla de sus recuerdos. Muchos años habían pasado, y si el sufrimiento, la felicidad o el curso del tiempo habían hecho mella de su cuerpo, su espíritu continuaba siendo joven.

Nuevamente removió el trasero sobre los juncos, imaginando las sedosas manos de Mario mesándole su cabellera azabachada.

En el movimiento rotativo del anillo, que llevaba en el anular, al posarse el dedo sobre el jaspe rojo que lo coronaba, otra vez se vio trasladada del presente hacia un lugar donde todo era pasado. Imágenes del primer encuentro cuando en volandas fue literalmente transportada hacia la gloria. Abrió los ojos para de inmediato volver a cerrarlos al sentirlos heridos de luz solar. En un fondo de contraluces cegadores, habitado de ígneos puntos de fuego, sus recuerdos comenzaron a hacerse hueco entre aquel celaje luminoso. Fragmentos de una vida que dormitaban en su mente con una espiritualidad mutante que iba de la realidad a la fantasía y de la

quimera a lo posible. En el nuevo salto introspectivo se veía bajo la cascada, cayéndole el agua sobre la cabeza, deslizándose entre sus hombros y senos antes de buscar el camino mil veces trazados por las sedosas manos de su amado mientras, susurrándole palabras de gloria al oído, entre sutiles besos por cuello y hombros, deshilaba el cabello mojado de su cabeza como un preludio de gozo anticipado. Y así, rebullendo el cuerpo entre el agua y Mario, con los brazos hacia detrás trató de acariciarlo, pero sus manos abrazaron a un vacío acuoso que la devolvió a la orilla del río.

El río.

Siempre el río.

El río que tanto había marcado de amor o incertidumbre su vida. El río de los juncos y aneas, de las piedras húmedas y el musgo. El río de la fresca brisa y del canto del jilguero proclamando el celo de su pareja.

En el fluir de su memoria, el nuevo grupo de recuerdos le transportó a los momentos en que, recién nacida Elenita, cuando Tino decía vivir por y para ellas, llegaron a El Vergel.

Tiempos de radiante felicidad, donde Tino hablaba con una profundidad que acariciaba los oídos. ¡Cuánto había cambiado desde entonces! No atinaba a comprender cuáles habían sido las razones, pero a partir del día en que sin estar borracho llegó a casa con la vista perdida, todo fue cambiando en la convivencia. Cualquier nimiedad era motivo para que la concordia de antaño mutara a un principio de cruenta batalla: gritos innecesarios, gestos agresivos, alteraciones, nervios y palabras altisonantes que, casualidad o no, siempre coincidían en las mismas circunstancias; Tino desaparecía de casa y al poco volvía distinto, incluso eufórico, como si hubiese tomado algún extraño elixir que transformara su conducta. Por más que lo analizaba, no lo entendía. Llegó a la conclusión de que ella, aunque hubiese fallado en algún momento al repeler las ofensas de sus palabras poniéndose a la altura en las descalificaciones, en lo fundamental de las discrepancias se consideraba exenta de culpa. No se sentía responsable del paulatino deterioro que la pare-

ja estaba viviendo un día sí y al otro también. Reconocía que hubo un tiempo de verdadero enamoramiento, de verdadera pasión entre ellos, cuando a todas horas querían estar unidos, hacer planes de futuro juntos, mirarse largo tiempo idiotizados, besarse en cada rincón, reconociendo, eso sí, que ella, tanto en público como en privado, siempre había sido la que llevaba la iniciativa en los besos o caricias, ya que Tino se resistía a besarla en público porque, desde su particular criterio, besarse en público era una actitud que rozaba la inmoralidad.

Aun con distintos puntos de vista sobre ciertos aspectos de la vida, lo cierto fue que, en el tiempo que estuvieron conociéndose de novios, Tino la trataba como a una princesa cuyo único cometido era dejarse querer y pasarlo bien sin ningún tipo de responsabilidad que les agobiara, procurando estar siempre juntos, ir al teatro juntos, acudir a restaurantes y salas de baile juntos. Siempre juntos. Recordaba esos tiempos de mutua dependencia el uno con el otro; era más, en vísperas de contraer matrimonio, después de haber estado toda la tarde juntos, al llegar a casa se colgaban al teléfono para contarse cualquier tontería como si hiciese siglos que no se cruzaban ni una sola palabra.

Después de la última discusión, no recordaba los motivos exactamente, Tino se empeñó en adelantar las vacaciones e irse con la niña a casa de los abuelos paternos en Palencia. Ella no pudo acompañarlos por compromisos laborales. No es que le apeteciese el plan, pero prometió hacerlo en cuanto acabara el informe encargado por su jefe y se celebrara la reunión con los accionistas de la empresa.

Nunca antes se había separado de su familia más tiempo del que duraba la jornada del trabajo; sin embargo, reconocía que unos días en solitario podrían venirle bien para recuperar espacio en su mente y poner en orden ciertas tribulaciones del corazón. Penélope no creía estar viviendo la situación de un amor agonizante, pero cada poco comprobaba que algunas circunstancias de su alrededor, fueran del cariño de su hija y el amor por el idílico lugar donde

vivían, desde hacía un tiempo pocas cosas más estaban respondiendo a las expectativas levantadas en su día.

Departiendo con las amigas, más de una vez había salido el tema de la convivencia en pareja, coincidiendo todas ellas en que siempre habían coexistido *flashes* luminosos con tiempos que languidecían; matrimonios que agonizaban, así como también parejas que se daban una segunda oportunidad.

En el capítulo de las segundas oportunidades, Penélope tenía su particular punto de vista, y de hecho siempre mantenía a mano un eslogan del que hacía bandera y tiraba de él cada vez que salía el tema: «No importa cuántas veces la serpiente mude la piel, al final la serpiente siempre será serpiente». De ahí que su opinión siempre fuese la misma: si cualquier pareja acordaba darse una segunda oportunidad, antes debían meditarlo con mucha calma, intentar que los errores cometidos sirvieran de experiencia para no tropezar en la rutina anterior. Sin embargo, aun pensando así, incluso pregonándolo a los cuatro vientos, reconocía que tal reflexión con su pareja era muy difícil llevarla a cabo, ya que Tino era de la clase de persona que después de agredir con palabras o gestos, más por rutina que por rectificación, en una reacción hiperbólica solía pedir disculpas sin que se le apreciase ningún signo de arrepentimiento. Por contrario, Penélope no entendía así la convivencia en pareja, y menos aún en el amor, y si por una eventualidad inesperada cualquier miembro de la pareja cometía un error, del que nadie estaba libre, no se debería persistir en él, como era el caso de Tino, que hiciese lo que hiciese sabía que le iban a perdonar.

Sin llegar a discusión abierta, reconocía que había momentos entre ellos que se sentía desconectada emocionalmente de Tino, traduciéndose en una fría situación de falso sainete; como si su marido hubiese dejado de existir en su entorno emotivo. Mucho había leído sobre ello, era más, encima de la mesita de noche siempre había algún libro que trataba sobre las relaciones interpersonales, pero por más que intentaba documentarse sobre el complejo mundo de la convivencia entre parejas, al final llegaba a la conclusión

de que su matrimonio agonizaba, y si de nuevo querían que llegara a funcionar necesitaban un carburante que generase nuevas ilusiones. Pretendiendo profundizar en los posibles motivos que los separaban, más de una vez Penélope había intentado llegar al origen de sus desavenencias, pero siempre terminaba en el mismo punto, sin saber exactamente cuándo comenzó todo; muy posible porque sus diferencias no habían sido fruto de un momento, de una actitud puntual, sino de la suma de muchos momentos. Coincidente con la frialdad reinante entre ellos, en el ámbito de la atracción pasional tampoco funcionaban, y aunque ella se sintiera joven, y no solo joven ante el espejo, también joven de ideas, y por qué no, joven para la práctica del sexo, lo cierto era que aquella situación estaba llevando al ardor guerrero que otras veces transitara por sus venas a invernar en los castillos de invierno. Ninguno de los dos había alzado la voz para denunciar la situación, pero hacía más de un año que eran marido y mujer en la distancia, y si no en distancia geográfica, sí en la emocional; habiéndose situado cada uno de ellos en la barricada de sus convicciones sin tregua para el razonamiento. Vivían juntos y dormían juntos, pero en ambos conceptos habitando en los suburbios del amor. En realidad, su matrimonio había dejado de funcionar hacía tiempo. Aun así, habiendo datos suficientes como para firmar el acta de defunción, sobre el éxito o el fracaso de las parejas nada es definitivo, y en su día así lo afirmó el gran estadista Winston Churchill, aunque sus afirmaciones no estuvieran relacionadas con la vida en pareja, pero en el fondo del mensaje podía verse reflejada cualquier situación de convivencia.

«Tanto el éxito como el fracaso nunca es definitivo, lo importante es tener coraje para continuar».

Era verdad que Penélope no sabía si Tino se había cansado de ella, si existía una tercera persona o si en realidad, como alguna vez llegó a recriminarle ante una insinuación erótica o un mohín provocativo de ella, el erotismo solo lo concebía en las chicas del Bar Coyote, no en su mujer, ni tan siquiera en los momentos en que, como parte del juego en pareja, ella se insinuaba, siendo re-

husaba por él con la peregrina argumentación de que ciertas poses no eran apropiadas para una madre o esposa honrada, y menos aún ponerse a correr con poca ropa, o desnuda total, por la pradera de alrededor de casa, para terminar bañándose en el río. También desnuda. Quizá su marido llevara razón y parte de sus costumbres necesitaran un reciclaje, una adaptación al rancio convencionalismo lugareño si no quería ser señalada con el dedo todos los días o ser motivo de conversación en más de un corrillo. Ella misma lo había oído decir a sus compañeras de trabajo, de café y puñaladas por la espalda, que había cierto tipo de mujer a la que los hombres solo la quería como amante, nunca como esposa y madre de sus hijos.

Al principio, precisamente por ser distinta al resto de mujeres que conocía, en más de una ocasión Tino le comentó que le gustaba su forma de ser, su libertad frente a los cánones al uso en otras mujeres. Después, contrariamente a lo dicho, al mismo tiempo que ensalzaba la libertad general de las personas, parecía molestarle que su esposa intentara ser realmente libre. Distinta.

Alguna vez Penélope había llegado a pensar que ella podía ser la principal culpable de la situación existente entre ellos al no haber sabido imponerse desde el primer momento, por no haberse rebelado ante la pérdida de su libertad. Esa libertad que ninguna mujer debería perder. La libertad que toda mujer debería aspirar, aunque su vida transcurriese en una sociedad tan encorsetada como la de su entorno.

Por varias situaciones vividas entre ellos, siendo prácticamente de la misma edad, a sus cuarenta y cinco años, a Tino parecían habersele envejecido las emociones sexuales y estar viviendo lo que los sexólogos catalogan de grisexualidad, que supone no sentir deseo sexual por determinadas personas.

Alguna vez Penélope se había paseado desnuda frente a él, intentando provocar un momento íntimo entre ambos, con un resultado tan descorazonador como fallido, tal y como si el sexo hubiese dejado de tener la fuerza de atracción que tuvo en otros momentos y ya no formase parte de sus relaciones de pareja. Re-

cordaba que el cénit de aquel despropósito se produjo una noche cuando, sentados frente al televisor viendo una película, en una de las escenas la protagonista apareció desnuda en un ambiente cargado de erotismo, y ella, como si de una sensual broma se tratase, aprovechó la ocasión para insinuarse, tratando de generar un momento cálido entre ellos, con la desagradable sorpresa de que la reacción de Tino fue cambiar de canal con la pueril justificación de que la pequeña no tenía por qué ver u oír aquellas indecencias.

No solo estaba en desacuerdo con Tino en su forma de interpretar la vida, es que tampoco compartía los bandazos de opinión a los que se estaba acostumbrando últimamente. Cuando se casaron, él fue el primero en insistir en que ella continuase en su puesto de trabajo, pero cuando nació Elena cambió radicalmente de opinión. Entonces se opuso a que siguiese trabajando, ya que él, «como hombre de la casa», según repetía en más de una ocasión, tenía la suficiente potencialidad, tanto en lo personal como anímica, para mantener a todos los componentes familiares. Y así se mantuvo la situación entre ellos largo tiempo, Tino trabajando y Penélope en casa, hasta que la niña cumplió los dos años y comenzó a llevarla a la guardería. Inexplicablemente, coincidiendo con uno de los momentos de crisis que cada poco se desataba entre ellos, Tino le reprochó que la culpa del mal ambiente que se respiraba en el matrimonio era totalmente de ella al tener tanto tiempo libre y dedicarse a pensar más de la cuenta, y, por tanto, lo más saludable para el entorno familiar era que retomara su puesto de trabajo, ya que al tener la mente ocupada no la emplearía en discusiones estériles. Descalificadoras conclusiones a las que, cada poco, se sumaban otras de características similares.

«No puedo ser cariñoso y atento contigo si antes no cambias rotundamente y te comportas como una persona de este tiempo, con más estilo y clase social, en vez de costumbres libertinas tan poco edificantes para una esposa y madre de una niña de corta edad».

Era una obviedad que por principios no estaba de acuerdo con las exigencias de su marido, aunque en su fondo más convencionalista se le abriese la interrogante de si realmente él era el acertado y ella la equivocada. Lo cierto era que la relación como pareja no iba bien, instalándose entre ellos un drama silencioso bastante destructivo. Prueba de ello, el episodio que estaban viviendo esos días no era el único en su vida de pareja, había habido más, varios más, si bien todos ellos habían durado un tiempo relativamente corto, a excepción de la discusión que habían mantenido dos días antes de marcharse con la niña a casa de su madre, que potencialmente había sido la de mayor violencia verbal de todas las generadas en su vida en común. Sin embargo, y hasta ese momento, por muy duras que hubiesen sido sus disputas, en ningún momento llegó a pensar que Tino le pondría la mano encima, incluso habiendo observado que en los últimos meses su esposo había incrementado su actitud agresiva de forma ostentosa. Gritos fuera de lugar o violentos puñetazos a las paredes y puertas que podían llevar un componente de amenaza personal.

Comenzaron a saltarle todas las alarmas el día en que unos chicos, poco más que niños, la vieron bañarse desnuda en el río, y en la falsa valentía que genera el grupo en manada, le dedicaron algunas soeces fuera de tono, sin percibir que en ese momento Tino llegaba al lugar. Sin tener en cuenta que no eran más que un grupo de niñatos fanfarroneando, los demonios internos de Tino hicieron su aparición y, ayudado de un trozo de rama, la emprendió a golpes con ellos de forma violenta. Tres de ellos tuvieron que ser hospitalizados con heridas en la cara y brazos. En dependencias de la Guardia Civil declaró que en modo alguno se consideraba violento, pero por la falta de respeto y honorabilidad que habían mostrado ante su esposa, él, que era un hombre muy respetuoso y digno, no había tenido más remedio que salvaguardar su honor y el de su mujer de aquellos maleantes. Un día por una situación y al siguiente por otra, comenzó a almacenar en su haber varios episodios de orden público que podían haberse evitado, y de no

ser por la amistad que le unía al sargento de la Guardia Civil, más de una noche la hubiese pasado en los calabozos del cuartel. Luego estaba lo de ciertos amiguitos suyos, personas que nunca antes había visto y que de vez en cuando aparecían por casa, casi siempre aprovechando el horario que ella no estaba. Según decía Tino, para tomarse un güisqui mientras hablaban de negocios. Después, igual que llegaban desaparecían. Lo cierto era que ninguno de aquellos desconocidos que les visitaban en casa tenía pinta de estar relacionados con el negocio de los productos agroquímicos de la tienda que regentaba. Aunque él siempre había justificado la presencia de aquellos individuos en su casa porque eran representantes de una empresa alemana de fertilizantes orgánicos y químicos, y en la confianza que les unía, a veces, como había sido el caso, en vez de atenderles en la oficina les atendía en casa mientras charlaban amigablemente y se tomaban un güisqui. Disconforme con que su casa se convirtiese en una oficina de atención al cliente, Penélope le argumentaba que los pedidos los hiciese en la oficina, y si él estaba ocupado en otras tareas, que los hiciese León, el empleado que tenían de almacenista. Tino le cortaba imperativamente con la argumentación que cada uno tenía las amistades que quería y ella no era precisamente quien mejor ejemplo podría dar a su hija.

Al principio pensaba que aquellos arrebatos de violencia podían tener su origen en la inexacta actitud de adoración que decía sentir hacia ella. Pronto descubriría que aquella devoción morbosa y acaparadora no era amor, ni tan siquiera deseo, era simple jerarquía exhibidora, propia de machos alfas cavernarios, a los que les encantaba mostrar sus trofeos como estímulo irresistible, siendo muy posible que pensara que ella era de su propiedad y, como tal, ningún otro hombre podría mirarla sin su consentimiento.

Irse con la niña de vacaciones a casa de sus padres no fue una iniciativa en la que ella influyese, la decisión había salido de él, pero quizá sin proponérselo le había venido bien estar sola unos días, dar una tregua a su vida y establecer en sus sentimientos una especie de catarsis que, en realidad, no sabía hacia dónde la conduciría,

si a la terapia curativa con la que salvar su relación en pareja o a la muerte definitiva de sus sentimientos hacia él.

Por su forma de ser, ella sabía que era más expresiva que él, ya que Tino, si de «fabricación» era bastante introvertido, en los últimos tiempos apenas si había sido capaz de hilvanar una conversación de dos minutos con ella. Aun así, pese a la extraña situación que estaba atravesando la pareja, él parecía no estar afectado en absoluto. Caso contrario el de Penélope, que le generaba desasosiego e inseguridad en sí misma, no tanto por no sentirse querida como antes, es que ni tan siquiera se sentía valorada como esposa o simplemente como mujer. La más que presumible bipolaridad de conducta, que él exhibía cada poco, parecía ser el principal motivo de sus repentinos cambios de humor. Lo que un día parecía no disgustarle, incluso aplaudía, al día siguiente le molestaba. Pequeños detalles que iban dejando un rastro de incomprensiones y distanciamiento entre ellos hasta en las situaciones más simples, como bien podía ser para ella bañarse desnuda en las aguas naturales del río, como siempre había hecho desde que se trasladaron a vivir a El Vergel.

Cuando le dijo que no podía acompañarle con la niña a casa de sus padres, tampoco Tino había manifestado gran disgusto. Era posible que a él le pasara lo mismo que a ella y también necesitara un tiempo para encontrar su propio espacio. Al final, entre frías sonrisas y frases sin sentido, habían quedado en que pasados unos días se reuniría con ellos, pero de momento, fiel a las costumbres que había ido adquiriendo desde el momento en que compraron aquella maravillosa casa, cuyo dueño anterior había bautizado con el nombre del El Vergel, nada más levantarse Penélope tenía por costumbre salir al exterior y, ataviada con un amplio sayón de algodón blanco, durante un buen rato corretear por la alfombra verde de la pradera de alrededor de casa, para después, ya sudorosa y jadeante, recorrer la distancia que le separaba del río para refrescarse en sus cristalinas aguas.

Al poco de adquirir El Vergel, un amigo fisioterapeuta que trabajaba en una clínica de Madrid y conocía el río le había asegurado

que la propia composición de las aguas, además de actuar sobre pieles sensibles como exfoliante, era especial para revitalizar la piel y mantenerla tersa y brillante. Una bendición de aguas que quizá por desconocimiento popular todavía no habían sido invadidas por domingueros y demás destructores de la naturaleza.

Recién nacida su hija, de ello hacía más de seis años, recordaba que todavía estaba recuperándose del parto cuando Tino le propuso ir de excursión a un rincón especial del que le habían hablado maravillas. Las expectativas se quedaron cortas, ya que para su sorpresa pudieron comprobar que el lugar era un trozo de cielo; una secreta entrada al Edén que a nivel de hábitat y naturaleza no tenía parangón con nada de lo que habían visto hasta entonces. Para mayor sorpresa, a unos pocos metros del río, donde se instalaron a pasar el día, sobre la valla que limitaba el acceso a la finca había un cartel anunciado su venta. Todo parecía ser obra del destino. Desde el lado exterior de la valla, a escasos quinientos metros de donde se encontraban, se divisaba parte de las ventanas superiores y tejadillos de una espléndida edificación, lo que les hizo suponer que casa y finca entraban en el lote a la venta. Si soñador era el paisaje, los exteriores de la casa, fabricada con ladrillo rojo, a primera vista les encantó, ya que tenía una línea de construcción poco vista en la comarca, muy lejos del color grisáceo de las fachadas de otros edificios de la zona que, al estar revocados con argamasa de cemento, la propia humedad ambiental producía grandes desconchados en las fachadas, dejando al descubierto las piedras de sillería como si la labor del tiempo y condensación del agua en el aire poco a poco les fuese generando una destructiva gangrena.

—¿Qué te parecen la casa y el entorno? —le preguntó Tino.

Por la cara de satisfacción que puso su mujer no hicieron falta más palabras, llamaron al número de teléfono que figuraba en el cartel y las cortas negociaciones fructificaron en apenas dos días.

Deslumbrados por la belleza del lugar, en una primera valoración no fueron capaces de ver los inconvenientes que tenía vivir en

el campo, como era la circunstancia de que para ir al trabajo o llevar a la niña al cole tenían que utilizar el coche, pero en la balanza de valores ambos estaban de acuerdo en que merecía la pena, ya que unas horas en el paraíso, con la placidez y silencio de las noches y un amanecer en aquel trozo de cielo, era muy difícil de cuantificar.

Con el paso del tiempo, Tino le confesaría que la planificación de la excursión había sido una treta, ya que las negociaciones con el dueño de la finca comenzaron mucho antes.

El mismo día de casarse se habían prometido el uno al otro que las decisiones importantes las tomarían en conjunto, de ahí que, si bien el resultado de la compra del El Vergel había sido un acierto, no le entusiasmara tanto la decisión individual que Tino había tomado.

Tuvieron que transcurrir algunos años más para darse cuenta de la verdadera personalidad de Tino, muy posiblemente educado bajo la genuina filosofía machista de la época, donde el hombre, por muy tierno y educado que fuese con su pareja, casi siempre intentaría que prevaleciesen las costumbres al uso. Actitud llevada a cabo por su marido, ya que él estaba convencido de que el hombre era superior a la mujer por naturaleza; y lo más patético de su opinión, a su vez razonaba, que mostrar en público sus emociones no era positivo, al considerar que dejaban al descubierto sus debilidades como persona.

